



Disney

HOCUS POCUS

Y LA NUEVA
SECUELA

Disney

HOCUS POCUS

Y LA NUEVA
SECUELA

LIBROS Disney

Para H, que me ayuda a creer en la magia

Y para A. Te amo, cara tonto



© 2022 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados

Ilustraciones de Matt Griffin

© 2022, de la presente edición en castellano: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-18939-98-3

Depósito legal: B. 12.658-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

PARTE UNO
EN AQUELLA
ÉPOCA



Una noche de Halloween con luna llena,
un alma virgen nos llamará
cuando estemos bajo tierra.
¡Regresaremos!
¡Y la vida de todos los niños de Salem será mía!

WINIFRED SANDERSON
31 de octubre de 1693
Últimas palabras, según se citan
en el diario de Samuel Parris

MAPA
DEL
PUEBLO DE SALEM

1693.
POR L.G. MUP
1866



COSAS SALVAJES



SALEM, 1693

En aquel entonces, el mundo estaba lleno de cosas salvajes; rebosaba de robles y abetos, y de oscuros lugares susurrantes que te hacían dar vueltas y vueltas hasta que no había manera de regresar.

Las mujeres hablaban de que por las mañanas, muy temprano, cerca del puerto, se escuchaban ecos de cantos de brujas que sonaban como el gorjeo de los pájaros, aunque más penetrantes. Los hombres contaban que la devoción los salvaría de las brujas; sin embargo, afilaban sus hachas y retorcían sus cuerdas por si acaso.

Las brujas decían que no había nada más dulce que las tibiaas de las niñas pequeñas, o quizá un buen estofado de omóplato con compota de bazo de gorrión. Todo dependía de la forma de prepararlo.

Las brujas vivían cerca del pueblo, pero no tanto como para suponer una molestia, hasta que moría una vaca lechera o un niño enfermaba. Entonces la gente comenzaba a cuchichear sobre las señoritas Sanderson, Mary, Sarah y, en particular, Winnie, quienes ya hacía mucho tiempo que no eran tan jóvenes, pero tampoco merecían que las llamasen *señoras*.

Siempre había alguien que decía:

—No nos molestan, solo son unas locas que juegan en el bosque.

—Dejadlas en paz —añadía alguien—. ¿No recordáis lo amable y generosa que era su madre?

En ese momento, todo tenía sentido, pero, cuando los ciudadanos de Salem acababan la reunión del pueblo y regresaban al trabajo, nadie podía recordar quién había sido ese alguien.

Así fue hasta que Emily desapareció.

SALEM, 1993

—Melones —dijo Dani sonriendo a su hermano mayor, de dieciséis años, mientras bajaba al trote por la calle.

Las hojas de los árboles flotaban en el aire a su alrededor. Algunas eran amarillas y finas; otras, anaranjadas, anchas y arrugadas, del tamaño y forma de las manos de su padre. La mañana comenzaba a despuntar, tiñendo el mundo de oro.

Max puso los ojos en blanco e hizo girar su bicicleta para acompañar su paso lento.

—¿Puedes dejarlo?

Era Halloween y las casas a ambos lados de la calle estaban engalanadas con telarañas, lápidas, arañas gigantes y faroles de calabaza, algunas de las cuales comenzaban a hundirse un poco por el moho.

Dani soltó una risita y corrió por entre los pálidos tirabuzones de una horda de fantasmas que colgaba de un árbol.

—¡Cocos! —dijo un poco más fuerte. Llevaba un sombrero negro puntiagudo con un fino ribete anaranjado en el borde, que combinaba con su chaqueta de motivos solares y falda a rayas. Iba disfrazada de bruja, pero, según sus palabras, «de una muy moderna». Sin embargo, la sonrisa que le dedicó a Max era más pícara que malvada.

Max miró hacia atrás para asegurarse de que la calle estaba tan desierta como cuando habían salido hacia el colegio.

—En serio, Dani. No es el lugar.

Debería haber sabido que no era buena idea hablar con Jack, su amigo de Santa Mónica, sobre Allison Watts, ya que en su casa la línea telefónica era compartida y vivía con una niña de ocho años muy fisgona.

—¡PERAS! —gritó Dani.

Max, totalmente sonrojado, echó un vistazo por encima de su hombro.

—Me voy —dijo—. Vete a la escuela tú sola.

Giró de nuevo la bicicleta y tomó una curva a toda velocidad, aunque se detuvo justo antes de golpear el bordillo.

Dani también se detuvo; sus traviosos ojos brillaban bajo el sombrero de bruja. Tenía algunos mechones rubios pegados a los labios pintados de rojo.

—Mamá te castigará para siempre —dijo.

—Quizá no sea tan malo —murmuró Max.

Dani le puso una mano sobre el hombro.

—Venga, no seas así —dijo—. Entonces, ¿qué vas a hacer para verle las perolas a Allison?

Max soltó un quejido y se inclinó sobre el manillar.

—Cállate, por favor —le rogó—. No se trata de eso.

—Pues por lo que oí, sí se trataba de eso —añadió, tirando de la manga de su hermano para indicarle que siguieran caminando.

Max cedió; al pedalear lentamente al lado de su hermana, su bicicleta se tambaleaba.

—Por eso no deberías escuchar a escondidas las conversaciones de los demás —la reprendió—. Pierdes el contexto. Un día sabrás lo que eso significa.

—¿Quiere decir que vas a ahorrar para escaparte a casa de Jack y convertirte en el próximo Superman con visión nocturna? Porque eso también lo oí.

—Será visión rayos X... —murmuró Max—. ¿Sabes que ya no tengo que acompañarte a la escuela si no quiero?

Era verdad: una de las pocas ventajas que le habían pro-

metido al mudarse de Los Ángeles a Salem era que, como vivirían muy lejos de la escuela, ya no tendría que acompañar a Dani, porque iría en el autobús escolar. Sin embargo, la noche anterior, su hermana le había dicho que eso la hacía sentirse sola, así que le suplicó que se adelantara con su bicicleta y la esperase una parada antes para hacer juntos el resto del camino. En contra de su voluntad, Max había accedido; al fin y al cabo, era su hermana pequeña y, además, desde que había empezado el colegio, siempre habían ido juntos. Pero en ese momento Max estaba pagando el precio de la nostalgia.

—Pero tú también quieres acompañarme —dijo Dani, bailando en el cementerio que habían montado en un jardín delantero—; de lo contrario, hubieras dicho que no.

Al pisar un botón, se levantó un muerto de plástico con el cabello negro enmarañado, por lo que Dani soltó un grito y echó a correr de nuevo hacia la acera.

Al doblar la esquina, Max vio en lo alto de la colina al rubio flaco y al cabeza hueca sin cuello, más conocidos como Jay y Ernie. Desde que su familia se había mudado a Salem, hacía dos semanas, Max evitaba toparse con los abusones del pueblo; sabía que eran el tipo de chicos cuyos maestros en la guardería calificaban de *perseverantes*, a falta de algo bueno que decir de ellos en las reuniones con los padres.

Mientras Jay y Ernie se pavoneaban por en medio de la calle, sus lacayos parecieron salir de la nada; los adornos de

sus cazadoras de piel sintética brillaban débilmente a la luz de la mañana.

—¿Sabes?, mamá me ha dicho que regalan chuches en la entrada lateral —dijo Max dándose la vuelta.

Se sintió mal por mentirle a Dani, pero ya le daría un montón de chucherías en otro momento.

—¡Ey! —protestó ella cuando llegaron a la puerta lateral—. Aquí no hay chuches.

Pero su hermano ya se había ido, a toda velocidad, hacia el instituto Jacob Bailey.

SALEM, 1693

No era raro que Emily Binx se desviara de su camino y se acercase tanto al bosque. Su madre la regañaba con frecuencia precisamente por eso, aunque trataba de no ser muy dura, porque Emily, a sus nueve años, era una niña seria y piadosa: leía su devocionario sin apenas darse cuenta de por dónde iba.

Emily tenía la edad suficiente para saber los rumores que corrían sobre las hermanas Sanderson, pero también sabía que cuando se las topaba en el pueblo eran amables con ella. No era común ver sonreír a la señorita Winnie, ni a Mary ni a Sarah, con sus espaldas encorvadas, sus gestos torcidos y las caras llenas de polvo, pero, cada vez que se cruzaban con ella, reían y le daban palmadas —bueno, por lo menos Mary y Sa-

rah—, además de alabar sus mejillas rosadas y sus hermosas manos. Su madre nunca la elogiaba por esas cosas, para no incitarla a la vanidad y al pecado. Incluso la escéptica señorita Winnie la cogía por el hombro de forma extraña y le gastaba bromas diciendo que sería mejor que volviese con su madre si no quería que se la comiera enterita.

Todo esto viene a decir que, a diferencia de otros, Emily no tenía miedo del bosque, y sin duda le tenía mucho menos miedo que su hermano, Thackery. Este, al igual que su mejor amigo, Elijah, era siete años mayor que Emily y estaba en la edad en la que los niños encuentran muy sospechoso todo lo que tenga que ver con niñas o mujeres.

Así que, cuando el bosque empezó a entrar en sus sueños, Emily no se alarmó.

En sus sueños, el campo entre Salem y los árboles olía a heno tibio y flores frescas, y la hierba meciéndose le hacía cosquillas en brazos y piernas mientras caminaba.

En sus sueños, la linde del campo corría hasta el borde del bosque y luego se detenía, como si dudara por dónde seguir.

En sus sueños, el bosque era agradable y acogedor, el aire sabía ligeramente a tierra húmeda y corteza, un sabor que le parecía tan dulce como el pastel de almendras, y que prometía una aventura que rivalizaría con su desgastado ejemplar de *El progreso del peregrino*.

Thackery también había empezado a soñar con ese lugar, la delgada línea entre el mundo que él conocía y el de las bru-

jas, pero sus sueños estaban llenos de humo verdoso como el musgo, de la presión de manos sobre su piel y de sabor a sudor, bilis y fango del río. Los sueños lo despertaban, noche tras noche, cada vez más cansado que la anterior; pero no les dijo nada ni a sus padres ni a su hermana, ni siquiera a Elijah, puesto que temía que los sueños significaran algo oscuro en su mente o, peor aún, en su corazón.

Emily tampoco lo comentó porque tenía miedo de que su madre la reprendiera por dejar que su imaginación vagara más allá de las páginas de su libro de oraciones.

Y los otros niños tampoco hablaban porque tenían sus propios motivos, cada uno tan personal como el otro.

SALEM, 1993

Max estaba arrodillado junto a su bicicleta, atándose los cordones, cuando vio una sombra extendiéndose por encima de su hombro, sobre el césped.

Se tensó, esperando que el caliente y avinagrado aliento de Ernie lo golpeará en la nuca en cualquier momento. Para ganar tiempo, deshizo los cordones y volvió a atarlos con cuidado. La impecable puntera y los detalles de un blanco prístino de sus Nike negras comenzaron a desdibujarse conforme pensaba en la mejor manera de salir ileso. No iba a permitir que un idiota escupiera en sus zapatillas nuevas solo para burlarse de él. Sus

padres se las habían regalado como premio de consolación cuando le anunciaron la sorpresa de que se mudarían al lugar de los juicios por brujería, en Massachusetts.

—¡Qué elegante!

Max se dio la vuelta y vio a una sonriente Allison Watts. Bajó la vista a su camiseta y la espiral de colores del estampado *tye-die* empezó a girar.

—No tanto —respondió.

—¿Es el estilo de California? —se burló Allison.

Max sonrió. Le molestaba que la gente hiciera bromas tontas sobre California, pero Allison había ganado puntos porque lo había ayudado a encontrar el laboratorio de Química el primer día de clase, aunque tampoco esperaba que ella lo recordara. Allison era el tipo de persona que ayudaba a sus compañeros con los deberes, en el pasillo, antes de la primera clase; siempre esperaba el momento correcto para responder las preguntas de los profesores, lo que la convertía en la heroína de la clase, en lugar de en una fanfarrona, y tenía una fuerza que hacía que Max deseara ser parte de su vida. Sabía que algún día ella sería alguien importante: presidenta, inventora o directora de una compañía que fabricase coches voladores. Así que, cuando Allison le gastó esa broma sobre California, Max sintió que el estómago le daba un vuelco y le resultó imposible poner mueca alguna.

Abrió la boca para presentarse, pero no emitió ningún sonido. Ese día, como los tres anteriores, había considerado in-

vitarla a salir; pero después pensó en la posibilidad de que lo rechazara y la manera torpe en la que saldría de una situación así; eso hizo que las caminatas por el pueblo, con su hermana gritando cosas sobre melones, le parecieran una forma divertida de pasar el fin de semana.

Allison observó su cara, que sin duda mostraba expresiones tanto de esperanza como de miedo atroz. Como él seguía sin decir nada, su sonrisa se apagó.

—Bueno —dijo al fin—, nos vemos, California.

—Adiós —alcanzó a responder Max, desanimado.

Se dijo que ella era un ser humano, y no una diosa sobrenatural. Se dijo también que solo debía hablarle, pero la idea lo hizo sentir como cuando había tomado el ferri a la isla Catalina en su noveno cumpleaños: débil y mareado. ¿Cómo era posible que le gustara tanto en tan solo dos semanas?

Cuando se colgó la mochila al hombro y subió los escalones de cemento, se cruzó con seis de sus compañeros de clase; formaban un grupo y cuchicheaban sobre la vieja casa Sanderson, que se encontraba en las afueras del pueblo.

—Os digo que tenemos que ir antes de la fiesta —decía una chica vestida con cuello de tortuga anaranjado, sobre el cual llevaba un suéter azul suelto con estampado de calabazas.

—Claro que no —protestó su amiga, que vestía jersey blanco con chaleco rojo, lo que la hacía parecer más entusiasmada con la Navidad que con Halloween. Se apoyó sobre la barandilla de metal—. Yo no me acerco a esa casa. Me da pavor.

Max tuvo que reconocer que estaba de acuerdo con la segunda chica. Había visto la casa Sanderson durante un paseo el fin de semana anterior; al pasar por allí, sus paredes en ruinas y ventanas desvencijadas parecían observarlo desde el bosque. También se había fijado en los letreros, CERRADO POR TIEMPO INDEFINIDO, que estaban colgados a lo largo de la reja de hierro forjado que separaba el pueblo de la casa Sanderson y de una gran parte del bosque de Salem.

Un chico con suéter de color marrón y camisa blanca pasó el brazo por los hombros de la chica del chaleco rojo.

—Entonces, tendré que abrazarte más fuerte —bromeó con una sonrisa.

Tess le devolvió la sonrisa, radiante.

—Mi héroe —suspiró, y luego resopló.

Cuando inclinó la cabeza sobre el pecho del muchacho, el semicírculo de amigos rio con ella. Max sintió que comenzaba a gestarse un plan...